

# TOMAS CARRASQUILLA: UNA VIDA, UNA OBRA, UNA HUELLA

SERGIO MEJIA ECHAVARRIA

Sencilla fue la parábola vital de Tomás Carrasquilla. Llegó a la vida "sin que hubiera anunciado el grande acontecimiento ningún signo misterioso ni en el cielo ni en la tierra", como él mismo lo dice en su "Autobiografía", escrita en 1915 y pasó por ella, igualmente. Su talento le alejó siempre de los grandes clamores de la fama y su natural modestia le inclinaba al silencio de sus acciones para que ellas no despertaran el fervor rabioso de las ciudades de ayer y de hoy.

Enemigo de las aventuras, adverso a las pruebas de fuerza o de ostentación gratuita, repartió sus amores por unas pocas cosas —su familia, su tierra natal, la patria, la literatura, los buenos amigos, la bondad, la lectura, el diálogo, la escritura y, quizás, el aguardiente y el cigarrillo— pero tampoco a sus amores les exigió jamás que llevaran su voz para hacerle notar en el contexto de una sociedad provinciana, acá y allá, sin excepción, como la que le tocó vivir en los pocos sitios que fueron testigos de su presencia.

Sólo la escritura le fue, quizás, esquiva en esos ideales de modestia ancestral y ello porque, simple y maravillosamente, cuando se poseen las cualidades que tuvo nuestro novelista es imposible evadirse a sus voces. A cambio del silencio absoluto, tal vez, pero si hubiera guardado silencio con la pluma no hubiera sido escritor. Y él, lo fue, por vocación y por profesión: y el más grande que en su género haya producido la literatura nacional, comparable con otros pocos que en España y América le compiten en similar campo de batalla. Pero esta batalla, con sus contemporáneos y sucesores, también la libró Carrasquilla con recatada intención. Como si el escribir fuera, tan sólo, un divertimento para su espíritu.

Y es que su vida fue un puñado de sencillez, como lo fue su obra, como lo ha sido su huella: sin embargo, las tres, vistas integralmente, constituyen un ejemplo para nuestras generaciones de hombres y de letrados. Cuando años después, consciente o inconscientemente, escribió un feliz alegato sobre la sencillez en el arte —parte de una trilogía sobre el asunto, que hace referencia, también, a las ciencias y a la vida— lo que hizo fue refrendar lo que ya su carácter de hombre y de escritor había demostrado. Como si interpretara aquella afirmación de Juan Sibelius, el compositor finlandés, quien declaraba en su favor musical aquello de que "...algunos ofrecen a sus oyentes complicados cocteles de difícil gustación. Yo sólo ofrezco agua fresca...y eso basta", Tomás Carrasquilla vivió con sencillez, escribió con sencillez y con sencillez —tal vez por ella— ha proyectado su huella hacia la inmortalidad. Nada consiguen en su contra quienes pretenden minimizarlo con inequívocas intenciones utilitarias en favor de sus intereses de ellos.

Y fue tan sencilla la vida y la obra de Carrasquilla que cuando se conoce su extensa cultura, su sólida formación académica —sin haber sabido de las academias y muy poco de las universidades, cuando se advierte que aquella se reparte por las más diversas formas del conocimiento y que su obra posee tantos niveles de perfección, la sorpresa turba el ánimo de los desprevenidos y amedrenta a los prevenidos.

Tomás Carrasquilla —Tomás María, como reza su partida de bautismo nació en Santo Domingo, Antioquia, el 17 de enero de 1858, en el hogar de Rafael Carrasquilla Isaza y Ecilda Naranjo Moreno, "pobres y acaudalados, entre labriegos y señores y más blancos que el rey de las Españas", según palabras del abuelo transcritas por el novelista, que quisieron hacer de él un hombre docto y versado en ciencias divinas y humanas y a fe que un buen día llegó a serlo, pero no por los caminos previstos por ellos.

Su vida hogareña, en la cual alternó con dos hermanos, Mauricio e Isabel —a quien llamaba "su amiga"— estuvo matizada por la simplicidad típica de los provincianos de la región, las frecuentes ausencias del padre, quien obligado por su oficio de ingeniero tenía que alejarse de casa y la devoción de su madre por las cosas del espíritu; desde las religiosas en primera instancia hasta las artísticas, en última aunque no menos importante: él habría de invertir el orden de esas instancias en su vida, pero ambas permanecieron aunque con evidentes peculiaridades impuestas por su carácter.

Y con el deseo de llevarle hacia las cosas del saber, el niño y el joven Tomás recorrió numerosas escuelas en las que sorprendió...por su negligencia, por su pereza, de tal modo que poco logró en lo propuesto. "En ninguna parte aprendí nada", lo confiesa. Pero él tenía reservado el aprendizaje que fue intenso y hondo aunque desordenado, a otro medio distinto al escolar: la lectura. Desde niño, en ese rincón de Antioquia en donde se amaba entonces la lectura, Tomás encontró muchos libros que comenzó a leer. Y nunca dejó de hacerlo. En esas escuelas, en esos claustros pobres y modestos en su condición física pero llenos del sano orgullo que imprimen las ansias de enseñar y de saber, aprendió Carrasquilla algo que más tarde advirtió: las primeras nociones del ser niño, del oficio magistral, del valor paradójico de la pobreza y del mayor valor de la nobleza. Varios de sus relatos y de sus novelas dan fe de ello porque son retratos y cuadros aprendidos de esa vida real que conoció y vivió en sus años mozos.

Al final, sólo los libros y la devoción espiritual de su madre fueron los verdaderos forjadores de su carácter creador.

Pero, vamos adelante..

Arrastrado por las circunstancias dichas de su padre, trashumante por el oficio, pasó algunas temporadas en poblaciones y veredas vecinas, en el ambiente de las mismas, derivando de ellas, también, lecciones que más tarde reflejaría en sus escritos.

Y, digamos de paso que, por aquellos años se pusieron de presente algunos atributos que, luego, habrían de servirle para su función creadora: la observación y la memoria. Ellas le dieron al futuro escritor un rico caudal de temas y personajes, situaciones y circunstancias que, más tarde, adaptados a sus propuestas literarias, habrían de trascender. Por ello sus contemporáneos, sus amigos, sus familiares, muchos de ellos desaparecidos ya, daban testimonio de esa relación vida - obra que se advierte en su quehacer narrativo.

De aquellos años data la relación de amistad con Francisco de Paula Rendón, otro destacado escritor antioqueño, y con Martín Moreno de los Ríos, padre del ilustre abogado Miguel Moreno Jaramillo, con quien le unían, además, lazos familiares.

Y habiendo estudiado poco en su pueblo natal, Tomás Carrasquilla hubo de viajar a Medellín entre 1872 y 1873 en donde cursó algunas materias en la Universidad de Antioquia, llamada entonces Colegio del Estado, en donde

tampoco deslumbró por su vocación escolar. El máximo elogio que consiguió, en pos del futuro, sin que nadie conociera todavía lo que habría de ser, desde luego, fue una nota puesta al pie de sus mediocres calificaciones: "La lectura constante de novelas perjudicó mucho a este alumno", decía. El padre Gómez Angel, quien firmaba tal amonestación en su calidad de Rector de la Universidad, ignoraba, por supuesto, que Tomás estaba nutriendo su imaginación— y su memoria— para la misión que el destino le tenía reservada y que tampoco él, entonces, presentía.

En 1876 Carrasquilla comenzó estudios de Derecho, pero tuvo que dejarlos por circunstancias políticas que alteraron el orden público. La guerra se hizo presente en nuestros lares, pero Carrasquilla no fue a la guerra. Era hombre de paz y rehuyó el compromiso. Pero, ¿cómo era Tomás Carrasquilla al alero de aquellos años vividos en la capital provinciana y, posteriormente, durante una temporada en Bogotá? Piénsese en Martín Gala, uno de los formidables protagonistas de *Frutos de mi Tierra* y se tendrá la respuesta. Yo, me abstengo de informarlo en gracia de la brevedad que obliga. Sólo agregaría que Antonio José Restrepo le calificaba de "filipichín...la pécora de nosotros los estudiantes pueblerinos".

Entonces, ¿quién podría sospecharlo?, se dedica a la sastrería, aprende el oficio y durante dos o tres años ejerce el "sartorio" bajo el magisterio de Miguel Salas, reconocido artista del vestido en aquellas épocas en que el traje decía tanto en el concepto que los individuos podían suscitar. A propósito, años más tarde enumeraba su biografía laboral diciendo que había sido sastrero, concejal, juez municipal y empleado público", todo lo cual lo fue, en efecto, en su tierra natal o en Bogotá, durante los años 1914 a 1919, en que trabajó para los Ministerios de Obras Públicas y de Agricultura y Comercio, figurando pasmosamente como...¡profesor de mecánica!. De lo único que no hacía ostentación era de su insuperable condición de escritor.

En 1890, acosado tal vez por la lectura —felizmente acosado diría él— y sintiendo la chispa creadora en su genio escondido, quiso entrar a "El Casino Literario", institución definida por su nombre, que presidía Carlos E. Restrepo. Y fue el comienzo. Para el ingreso, exigían a los aspirantes la redacción de un trabajo que les acreditara si no por la calidad al menos por su vocación. Y Tomás, ya Don Tomás porque el aprecio que se le concedía lo había hecho digno del calificativo, escribió *Simón el Mago*, el cual firmó con el seudónimo de "Carlos Malaquita". El cuento fue recibido con beneplácito: Carrasquilla demostró con él que no sólo tenía vocación sino calidad.

Después, fue la creación en Santodomingo de la "Biblioteca del Tercer Piso", de la cual fue cliente asiduo y, posteriormente, la aceptación del desafío impuesto por los compañeros del "casino". Se discutía en él la materia novelable que podía tener Antioquia: todos la negaban, sólo Carrasquilla y Restrepo la afirmaban. Y de allí surgió el compromiso de escribir algo que demostrara la tesis de los segundos o confirmara tácitamente la de los primeros. Triunfaron Restrepo y Carrasquilla. El trofeo fue la primera novela extensa escrita por éste: *Frutos de mi Tierra* y, como consecuencia, el primer viaje suyo a Bogotá en busca de editor para la misma, lo cual consiguió y le abrió, de una vez por todas, el camino de la popularidad. Era el año 1896.

Tomás Carrasquilla, el escritor, había nacido.

En adelante su vida será siempre sencilla y difícilmente fácil. Entre diálogos, libros y pluma, entre aguardiente y cigarrillo, entre tute y tresillo, luego de aprender, por fin, la ortografía, dictando muchas veces —porque le

gustaba hacerlo o porqué en ocasiones circunstancias de salud le obligaban a ello— da curso a una obra, la más intensa que en la novela encuentra la literatura colombiana.

Poco a poco, entreverados, van llegando todos sus títulos: *En la Diestra de Dios Padre*, *Dimitas Arias*, *A la Plata y Salve*, *Regina*; *Entrañas de Niño*, *Grandeza*, *La Marquesa de Yolombó* y *Hace Tiempos*, su obra póstuma...

Sin que podamos olvidar, además, entre muchos: *Luterito o El Padre Casafús*; *Ligia Cruz*, *El Zarco*, *Rogelio*, *Blanca*, *San Antonio* y un apretado puñado de crónicas, artículos, ensayos y cartas en los cuales se revela, se denuncia, y vale bien decirlo así, su carácter, su cultura, su pensamiento, su ideología que iban mucho más allá de la capacidad para imaginar relatos y novelas de ficción, así hayan sido tomados de la vida que lo rodeó.

Sólo unos pequeños detalles deben resaltarse de su biografía desde aquel momento en que se descubrió a sí mismo como escritor y los colombianos supieron de su infatigable e insuperable vocación como tal.

En primer lugar, la guerra de los Mil Días, a la cual eludió como en otra ocasión bélica anterior pero que le dictó algunas páginas de importancia. *El Rifle*, entre ellas.

Luego, la quiebra del Banco Popular, depositario de los bienes que poseía, herencia de sus padres y que, de paso indiquémoslo, estaban respaldados en la casa de la calle de Bolivia en donde pasó la mayor parte de su vida última y que le obligó a trabajar temporalmente en la mina de Sanandrés, cerca de Sonsón. La quiebra del Banco Popular, además, le frustró el soñado viaje a Barcelona, en donde esperaba encontrar otros vientos y una esposa. Después, el segundo viaje a Bogotá y el regreso, sin dejar en ningún instante de ejercer sus oficios predilectos: conversar, leer y escribir. Que, a la par, Carrasquilla escribía ya para algunos periódicos del país, sobre todo para "El Espectador".

Y, por fin, la última etapa de su vida entre dolores y quebrantos:

En 1926 empieza a padecer fallas circulatorias que le perturban los movimientos y le ocasionan la pérdida de una pierna; y en 1930, los primeros indicios de cataratas que le habrían de causar cegueras parciales o totales en determinados momentos de sus últimos días. Pero seguía escribiendo: dictando. Ya así nació *Hace Tiempos*, considerada por muchos como su obra maestra. Y aunque los conceptos sean dispares al respecto, *Hace Tiempos* es, entre líneas, una asombrosa síntesis de su obra y un revelador testimonio de su mundo: ese mundo que tanto amó y que para él era todo el mundo. Antioquia.

En 1935 recibió la Cruz de Boyacá; y en 1936, el premio Nacional de Literatura y Ciencias, "José María Vergara y Vergara".

Después...fue esperar la muerte: siempre entre libros. Los propios y los ajenos, hasta el 19 de diciembre de 1940, fecha en la cual falleció en el Hospital de San Vicente, de esta ciudad.

En 1952 y 1958 se publicaron las respectivas Obras Completas, hechas en Madrid y en Medellín, sucursal natal del maestro, como solía decirlo.

Pero hay algunos factores de su personalidad que no pueden olvidarse, ni siquiera en este breve ensayo biográfico. Veámoslos.

En primer lugar, su extraordinario sentido de la amistad. De ella fueron testigos algunas personas privilegiadas, tal vez muy pocas, porque precisamente

su sentido de la amistad le hacía comprender que el título de amigo no se le puede dar a cualquiera. Y entre esos pocos, debemos destacar algunas damas a quienes profesó singular cariño: Amalia Salazar, aquella chiquilla que conoció al lado de su madre en el hogar paterno y provincial; su propia madre que fue para él una amiga, tanto como su hermana Isabel y su tía, Mercedes Naranjo; María Jesús Alvarez de Villegas y Susana Olózaga de Cabo y su esposo, animadores éstos de tertulias literarias en sus casas. A Susana, la inmortalizó, anónimamente, en algunas de sus producciones, entre cuyas mujeres repartió signos de su carácter y condición.

Y con los demás amigos, anónimos para los efectos de esta noticia, dialogaba sin cansancio en tertulias de café ("La Bastilla", "El Chantecler", antes "Molino Rojo", "El Globo" y "El Blumen"); en la Librería del Negro Cano; o en tres o cuatro clubes: el "Brelán", el "Cosmos", el "Jokey Club" y el "Unión".

De estos amigos aprendió Carrasquilla una de las virtudes, tal vez la que él más admiraba: la gratitud. Sin la gratitud, según el maestro de Santodomingo, el hombre no es digno de llamarse tal y el repudio debe rodearle. La consideraba la más noble, la más alta, la más profunda y la más necesaria virtud del alma.

Y de aquellas amistades femeninas señaladas aprendió, por otra parte, el concepto que la mujer le merecía y que él tanto en su palabra escrita como hablada, repitió varias veces. Sinteticemos ese concepto en aquellas palabras suyas: "...la mujer, solidaria en todo con el hombre, que comparte sus aspiraciones, ideales y responsabilidades, que posee las facultades todas de que el hombre se gloria, tiene derecho, como el varón más competente, a todos los puestos, a todas las actitudes, a todas las carreras, a todos los horizontes". Y si no fuera suficiente esta frase para comprender y aceptar sus sentimientos hacia la mujer, búsqueselos en la estructura maravillosa de sus personajes femeninos.

Luego, en concepto de paridad con los anteriores, vale recordar sus conceptos ideológicos.

En lo social y en la política era profundamente democrático, no racista y voluntariamente equilibrado, hasta el punto de creérsele indiferente o indefinido en ello. En su obra también se da la conceptualización respectiva pero sabe hacerla a través de sus personajes y de sus situaciones argumentales planteadas. Y digno de memoria es su criterio acerca de la nobleza y la aristocracia. Para él no existían la aristocracia y la nobleza del nacimiento y del dinero: sólo existían, y deberían existir, las del mérito. Es la dimensión del mérito, creía Carrasquilla, lo que debe calificar la dimensión del hombre. Pero ese mérito ha de ser virtualmente espiritual, no material.

Y, en cuanto a religión...Carrasquilla era tajante. Heredero de la espiritualidad religiosa de su madre, él se mantuvo en ella. Más aún, pronto en su vida buscó, a través de la lectura y la meditación, el camino de la mística. Su Dios era un Dios cristiano, católico. Pero había algo que lo separaba de sus religiones, de todas las religiones, en la práctica: el oropel, el formalismo ritual, el predominio de los elementos materiales que las manchan sobre los espirituales que les deben ser esenciales. Y éstos fueron los que buscó y encontró, sin duda. "El corazón necesita la fe y el misterio", decía y cifraba en el misticismo la presencia de esos dos factores. Su testamento, al respecto, parece estar en aquellas penúltimas palabras de *Hace Tiempos*: "Sé que sobre este mundo que se agita está el reino infinito de las almas, está Cristo".

## SU OBRA

Abordar la obra de Tomás Carrasquilla es, sin ponderación ninguna pretender abarcar y encerrar las cataratas del Niágara en un solo golpe de brazo. Su dimensión es imponderable y las contradicciones que en ellas se dan —o advierten algunos críticos— y que, paradójicamente, se dan para conseguir siempre una visión positiva, desbordan las posibilidades de esta ocasión —tal vez otra habrá— y a la aparente simplicidad de la misma.

Importa, entonces, una mirada integral como la da quien mira el paisaje antioqueño desde cualquiera de las altas cimas que vigilan nuestra indómita, soberbia y humilde tierra, a la par, sin detenerse en particularidades nominales que demandan otra técnica de análisis y de crítica, ahora imposible.

Y, aprovechando el simil que se ha escapado de mi imaginación —y de mi pluma (cuando pergeño estas notas escribo, de verdad, con una antigua pluma que me acompaña desde hace más de treinta años)— diría que mirar así la obra de nuestro novelista resulta ella como una elevada cima desde la cual Antioquia aparece luminosa, brillante y espléndida, gigantesca siempre más allá de las ocasionales frustraciones y caídas propias de todo lo grande y elevado. Y es que cada línea de Carrasquilla es un retazo de Antioquia: cada rasgo de su inspiración infatigable es un juego de luces y sombras, de recodos y aristas, de pinceladas que enseñan toda nuestra riqueza de carácter, condicion y forma: toda nuestra esencia de hombres que entre las alturas sabemos y queremos encontrar a Dios. Pero es que hay que amar a Antioquia para amar a Carrasquilla, para comprenderlo: tal vez por eso muchos, incluso antioqueños de cuna pero no de corazón, niegan al maestro de nuestra narrativa toda su dimensión. La estética de Antioquia es la estética de Carrasquilla.

Por ello, al pretender analizar integralmente la obra de Carrasquilla, lo primero que aparece, para doctos y profanos, es su tierra. Esa tierra que amó profundamente, en la que creyó y a la cual reveló con emoción filial. Esa fidelidad —que en su caso es fidelidad a sí mismo— es, exactamente, lo que le da vigor a su obra: porque el escritor que quiere trascender como tal ha de amar la materia que hace y le dicta cada una de sus palabras, de sus líneas, de sus párrafos. En ello está la autenticidad del creador literario —y me atrevería a decir que de todo creador artístico...como Tolstoi, Dostoyeski y Chejov amaron a la Rusia de su tiempo —y a toda la Rusia que les ofrecía su pretexto existencial—; como Galdós, Pereda y Pardo Bazán y en nuestros días como José María Gironella amaron y ama éste la España de siempre; como Dickens y Scott a su patria y Balzac y Proust a la suya, Carrasquilla amó a su pequeña gran patria con dolor y pasión: por eso fue capaz de dibujarla con pincel maestro: un pincel que penetra por todas las arrugas de su piel geográfica, relieves los más intensos contornos del alma, el color de su paisaje, el olor de su tierra. Nada hecho sin amor, en lo artístico —y tal vez en todo lo humano— logra calidades que le distinguen de la mediocridad cotidiana.

El amor dicta, promueve, incita y exalta: todos, alguna vez lo hemos advertido. También en la literatura. Es fácil conocer cuándo una obra está hecha con amor: tiene un extraño brillo, un brillo singular, hecho de chispas que parecen amablemente arrancadas al genio del Divino Creador: después de todo, somos hechos los hombres a imagen y semejanza de Dios.

Tal vez las últimas palabras de Carrasquilla que —dicen— dijo antes de morir, son un compendio de su intención literaria y de las razones que tuvo para ser, como ha sido el más profesional de nuestros escritores en una época

en que, realmente, la profesión literaria no existía. ¡"Antioquia, Antioquia! ¡No saben lo que es Antioquia!", fueron esas palabras y ellas son la síntesis de un amor que llevaba consigo íntimamente pero que había decidido expresar, decir, cantar en su obra. Por ese amor —la vocación es amor— dedicó algo más de cincuenta años a escribir. Y el resultado ya lo conocemos: al menos los hombres de buena voluntad, que muchos de voluntad, esquivan, a los cuales es mejor olvidar, merodean en torno de Carrasquilla queriendo negarle, tal vez destruirle.

Y si Antioquia está en su obra, Antioquia está en la razón de ser, injusta, de sus críticos adversos. Niegan éstos a Carrasquilla por lugareño: por una supuesta limitación humana, geográfica, lógica y psicológica de sus relatos. Y lugareños han sido los grandes escritores de todos los tiempos y de todos los lugares desde Homero que a ratos sólo tenía el pequeño tran espacio del Olimpo para irradiar desde él y desde sus singulares pobladores la dimensión de lo universal. Y a fe que lo consiguió. También Carrasquilla desde ese otro Olimpo rústico y sereno donde se confunden la caridad, la inocencia, la superchería, la violencia, el amor y el odio, la tiranía de los ideales y los ideales de Dios luciendo los atavios dispares y variados del alma antioqueña.

En efecto. El buen lector, el lector inteligente y se supone que los verdaderos críticos son una cosa y otra, puede advertir que en cada personaje, en cada situación, en cada paisaje...están potenciados todos los paisajes, situaciones y personajes del mundo. Y forzando un poco el ordenamiento del discurso, cediendo a la memoria que ahora me apura, piénsese —invirtiendo la relación lugar —mundo— en uno de sus más populares escritos y, a la vez, de sus más depurados ejemplos: *En la Diestra de Dios Padre*, un cuento que él llamaba "a la francesa" por su desconocido, legendario y lejano origen, que quizá se remonta, incluso, a la literatura árabe, como bien lo han señalado algunos tratadistas.

Pues bien, quien desconozca los orígenes fonáneos de "La diestra", podrá creer el relato de Carrasquilla como un asunto humano, geográfico, situacional y psicológicamente lugareño, sólo posible entre nuestras montañas y, sin embargo, ese origen demuestra la posibilidad de que sea común a hombres y lugares distintos al nuestro. Así, cualquiera de sus novelas, cualquiera de sus cuentos: poseen todos la magia propia del terruño, del paisaje, del "ánima" que los alienta, que nos alienta, pero, a la par, toda la dimensión de lo universal. Y es que los personajes de *Frutos de mi Tierra*, *Salve Regina*, o *La Marquesa de Yolombó*, entre todas, caben en cualquier lugar donde haya hombres.

Pero, es preciso detenernos en esta búsqueda de lo antioqueño como razón estética y argumental de la obra de Carrasquilla para encontrar otros elementos que la hacen y distinguen. Sinteticemos todo lo anterior recordando cómo uno de los más versados historiadores y críticos de la novela colombiana, Antonio Curcio Altamar, al referirse a la obra de nuestro novelista, la llamaba, comparándola con la de Balzac, la "comedia antioqueña" pero admitiendo paralelamente la dimensión universal de su proyección.

Y miremos, entonces, otra estética: la de su obra, como tal. Ella es, esencial y fundamentalmente, narrativa. Sólo algunos trabajos de orden periodístico, crónicas, críticas y uno que otro asunto circunstancial que, como siempre, el periodismo impone y sus cartas —parcialmente consideradas— se escapan de ese calificativo genérico. Y aquella es la que importa sin negarle, desde luego, su importancia a ésta, que refleja de una vez por todas las espontaneidad

de su talento y explica, tácitamente, la autenticidad y todo su quehacer literario.

Y si la ambigüedad de las denominaciones genéricas es evidente, en Carrasquilla se hacen claras. Porque lo lírico, lo dramático y lo épico se entreverán produciendo una imagen literaria amplia y rica en matices y en perfiles. No se diga que lo épico sólo cabe en los seres predestinados y heroicos, que lo lírico sólo es posible cuando ciertos cánones de belleza subjetiva esplenden como gemas brillantes en medio de una forma previamente condicionada, ni se diga que lo dramático es propio, y nada más, del teatro. Esos tres factores están en la obra de Carrasquilla determinando la presencia de un pueblo que lleva su grandeza, su heroicidad, en el alma y la proyecta en pos de sí mismo con intención creadora, con rúbrica de gesta, a pesar de los contrastes que, como en todo pueblo, tiene que padecer; entonando un canto a la raza y a los más excelsos valores que la caracterizan para señalarles a los lectores por qué Antioquia es grande y por qué los antioqueños, entre el pecado y la virtud, prefieren lo segundo aunque lo primero sea inherente a su condición humana; y viviendo un cúmulo de circunstancias entreveradas que determinan la condición vital activa del hombre, más aún si es antioqueño. Épica, lírica y dramática son esencia de nuestra raza, de nuestra conducta, de nuestro pensamiento, así sea tácitamente, y Carrasquilla ofrece esa triple dimensión en cada una de sus obras: él mismo, como escritor y como hombre, es testimonio de ello. Y auténtico como fue, no podía dejar de expresarlo.

Pero debemos reconocerlo: Carrasquilla es complejamente simple: intrincadamente elemental. Sencillo. Aunque la forma de decirlo resulte paradójica. Y ese carácter, está de acuerdo con su teoría de "La Sencillez en el Arte", que hace parte de la trilogía que, precisamente, dedicó a esa clara y limpia virtud que adorna a los hombres, a las cosas y a las obras.

Recordemos, porque importa mucho para comprender su estética, algunas de sus afirmaciones al respecto:

"Si la Grecia no hubiese poseído como nación el sentido verdaderamente olímpico de lo sencillo, a buen seguro que no fuera cuna y modelo del arte. En la sencillez está el secreto de su armonía y su fuerza, y en éstas el de su dominio en el imperio de la belleza".

Lo anunciado, aunque breve, basta para explicar, anticipadamente, la vocación clásica del maestro: sólo que su clasicismo tenía que amoldarlo a las condiciones de un pueblo, una raza y unas condiciones muy distintas a las de los griegos. Y por eso su clasicismo fue distinto: como distintos fueron los clasicismos, español, inglés, alemán, y francés por ejemplo.

Pero sigamos teorizando con Carrasquilla. Luego dice:

"Bien podría decirse que es la sencillez el factor máximo de todo acto bello; factor para sus autores, factor para el extraño que la aprecia. Tiene de serlo. La sencillez es elemento que regulariza y que despeja; que, lejos de ocasionar la confusión, el empalago y aquel cánsancio de los amontonamientos, trae consigo lucidez mental y da lugar a ese arreglo, a ese nexos y a esa distribución de partes que se llama armonía.

Este nuevo aparte explica una de las facetas más importantes de la estética y la obra de Carrasquilla: la armonía. Ella está presente, tal vez a golpes de intuición pero efectivamente, a lo largo de sus páginas. Por eso no se dan

en ellas los desbordamientos emocionales, los desfogues situacionales ni las ponderaciones imaginativas: el autor prefiere dejarle al lector la libertad de encontrarlas por sí mismo al paso de su proceso literario siempre armónico, metódico y conciso. Tal lo revela, además, cuando en posteriores líneas del mismo ensayo, asume la definición tácita de la sencillez como propia de las virtudes del alma. Dice don Tomás:

“En lo sencillo se reposa y apacienta el alma, como el cuerpo bajo la fronda amiga. La sencillez le proporciona la calma y la serenidad para pensar, para sentir y apreciar. ¿Qué mejor elemento para las creaciones artísticas? ¿Cuál más favorable para disfrutarlas y gozarlas?. Es de la humana condición el hallar más deleites estéticos en las obras que le producen descanso y sedación en los nervios, que en aquellas que los fatigan”.

Y rubrica sus creencias estéticas, su fe en ellas cuando intenta una crítica —y critica también quien dice lo positivo de una obra y de un creador— a los grandes clásicos griegos:

“El pueblo que creó la Iliada no podía desmentirse en su literatura —dice Carrasquilla—. Y agrega: “Homero, que no es otro que el propio carácter nacional fundido en una epopeya gigante, es más que sencillo: es ingenuo, casi primitivo. Las tragedias de esos Esquilos y de esos Sófocles, donde alternan dioses y mortales; donde la fatalidad perfila los destinos, son sublimes por su misma simplicidad: simplicidad en la forma, simplicidad en el concepto. En la poesía, así ditirámica como patriótica, así bucólica como erótica, acontece lo propio. Pindaro y Anacreonte, Longo y Teócrito, ¿cuándo fueron complicados y herméticos? ¿Cuándo la comedia?”

Y redondea su teoría de la sencillez en la literatura con una sentencia así mismo sencilla y rotunda:

“Este don preciso de la sencillez informa todas las literaturas consagradas”.

Adviértase, de paso, en estas pocas líneas, que Carrasquilla, sin quererlo tal vez, nos ha dado la dimensión de su cultura. Extensa, intensa, asimilada, viva. Directa.

Pero no quiero concluir estas citas que por sí mismas son elocuentes en su defensa y definición, mostrando cómo Carrasquilla fue, en cierto modo, profeta de lo que serían la novela y la literatura latinoamericana de nuestro tiempo al referirse a la de los suyos. Dijo, a propósito, el maestro de Santo Domingo:

“En las nuevas letras latinoamericanas (triste es decirlo) estamos a oscuras. Lo poco que conocemos está hartamente lejos de lo sencillo”.

Carrasquilla fue sencillo: no conoció la prepotencia de los que se creen, sin serlo, elegidos de los dioses. Y su obra fue igual. Y si se conoce el alma de Antioquia, de esa Antioquia integral que ha hecho la patria por encima de sus propias debilidades y flaquezas ocasionales y circunstanciales, se advierte que ella es así: simple, elemental, transparente, ingenua...pero sobria, serena, clásica. La armonía de su talante es característica aunque haya quienes, ayer u hoy, hayan querido hacerle esguinces a esta realidad intrínseca de nuestro ser antioqueño. Y, ¿cuáles son los elementos que hacen la obra de Carrasquilla?

El hombre, la naturaleza, la historia.

Aquel constituye, sin duda alguna, toda la esencia de su tarea creadora.

Y lo da en múltiples facetas. Sólo que la sencillez ya explicada confunde a muchos de sus analistas para afirmar a su manera que en las obras de Carrasquilla no pasa nada, o que son, simplemente, apostillas de virtudes ajenas a la realidad del ser humano. Y, nada más injusto. En la obra de Carrasquilla pasa, y mucho. Quienes niegan ese sentido de la acción, ese pasar como sinónimo de suceder, de ocurrir, no saben leer o sólo persiguen en la literatura el desbordamiento de los hechos hasta burlar la realidad misma. No puede negarse que en éstos también puede haber arte, pero no es la única medida del arte literario. Aquello, a la manera de Carrasquilla —en el cual y en su obra, siempre pasa algo— también es propio del arte, de la literatura: sólo que es propio de las almas medidas, como no suelen serlo los fabricantes de sensaciones con efectos utilitarios a ultraza.

En Carrasquilla, pasa. El hombre es protagonista de muchas acciones que determinan el flujo y reflujo de la vida. No hay sentimiento humano que no esté presente en los personajes de Carrasquilla y esos sentimientos están provocando siempre acciones, hechos, sucesos. Drama, en el sentido absoluto de esa dinámica palabra que heredamos de los griegos.

Y en cuanto a las virtudes, que despectivamente miran los que no las han conocido, o las han olvidado, o las desprecian, tampoco es cierto lo que se dice: porque de todo hay en el juego de las conciencias propio de cada uno de los personajes que hacen el reparto de su "comedia antioqueña". Si lo dicho por quienes denigran del novelista antioqueño fuera cierto, sus hombres, mujeres y niños no serían tales y lo son: el vigor con que aparecen, viven, actúan y son ellos, corre por todas las líneas del gran maestro dando la dimensión completa que la incompletud del hombre, imperfecto por sí mismo, permite. Y aunque comúnmente los nombres de los protagonistas de las novelas de Carrasquilla no quedan en la memoria, sus caracteres sí y ellos no dicen que son, sin duda alguna, fuertes, definidos, exactos, íntegros, como pocos en nuestra narrativa.

Entonces, ¿qué ocurre con la virtud o el pecado, con el bien o con el mal que nuestro escritor puso en su obra y que están allí, a pesar de sus detractores gratuitos?

Ocurre que a él no le importa resaltar —como suelen hacerlo truculentos novelistas de la actualidad dignos más bien de redactar las páginas de violencia y crimen que son comunes en nuestros periódicos y revistas de hoy —el mal— y quizás tampoco el bien o la virtud— sino dejar que ellos estén, como están en el hombre, en la sociedad, y que ellos por sí mismos se definan en la conciencia del lector.

Pero lo demás, diría que desde el punto de vista humano, la paleta de Carrasquilla es rica en matices y colores: desde ella irradian, se proyectan y permanecen en sus páginas.

Por su parte, la naturaleza es el marco para esos personajes: una naturaleza abrupta, ruda, violenta pero que sabe retornar a quien la cuida y de ella busca, los frutos necesarios. Así lo hizo el antioqueño siempre, y así lo hace y así lo muestra Carrasquilla. Es la naturaleza puesta por el mejor escenógrafo, Dios, para el mejor personaje, el Hombre, quienes, asonantes o consonantes, integran una unidad trascendente. Y trascendente es la unidad que ofrece el novelista antioqueño para integrar los elementos constitutivos de su narrativa.

Pero, hay otro elemento: el histórico y, con él, como lógica consecuencia, el biográfico. Tal vez la novela de Carrasquilla no sea histórica en cuanto refiere hechos que invoquen relación con la verdad de lo ocurrido. Pero sí lo es en cuanto demuestra la razón de ser de un pueblo y de una raza, su agonía, sus sentimientos, su conducta y cuenta unos hechos ficticios pero que caben dentro del potencial de ese pueblo y de esa raza. En otras palabras: lo que Carrasquilla cuenta en sus relatos, sean ellos de la extensión que sean, es el suceso antioqueño, potencialmente nacional o universal, pero identificado e identificable en nosotros. Carrasquilla hace su historia con lo que conoce y lo que conoce es esa Antioquia que amó entrañablemente y que él nos dice cómo es: que en sus páginas está la respuesta a esa pregunta que formuló antes de morir con tono admirativo y exultante. Sólo que, por inercia intelectual o negligencia de carácter, la mayoría de las gentes —lamentablemente— desconocen la obra de nuestro novelista, primero del terruño y primero de los colombianos.

Pero, dentro de eso histórico que tiene su obra está lo biográfico. Lo autobiográfico, en efecto. Si Carrasquilla escribía de lo que sabía, de lo que conocía, lo que mejor conocía y sabía era lo suyo. Entonces, y lo afirman quienes vivieron y convivieron con él, en sus páginas se hallan desparramados muchos sucesos, paisajes, situaciones y presencias que fueron los que vivió, protagonizó y diluyó, digámoslo así, entre el rico mundo de sus anécdotas argumentales, para ocultar la realidad de su vida vinculada a su obra. Especialmente los años infantiles y juveniles son los que mejor trascienden, los que guardan una mayor fidelidad con su experiencia existencial. Y ello, de paso, explica la extraordinaria versatilidad y calidad que caracteriza a esos niños que aparecen acá o allá como celosos y dinámicos testigos de su acontecer novelesco.

Y concluyamos esta parte de la tarea impuesta y aceptada de recordar la patriarcal figura de Tomás Carrasquilla, ahora, cuando se conmemora el cincuentenario de su muerte, analizando brevemente su lenguaje. Y distingamos en él dos aspectos: el sintáctico y el proyectivo.

Carrasquilla debió conocer, y aceptar, la lección de Azorín que recomendaba, para el buen escritor, colocar una idea detrás de otra, un suceso detrás de otro, encadenando sucesos e ideas mediante el uso de palabras adecuadas para conseguir la comprensión del lector y su emoción.

Y tal es el proceso sintáctico y técnico de la narrativa del maestro antioqueño: no hay en su discurso literario dispersiones, quiebres o esguinces argumentales o expositivos. Todo en él es orden conseguido con una riqueza verbal extraordinaria, nacida de su propia cultura y del alma del pueblo al cual refleja: con un control absoluto del ritmo, de los efectos, de las intenciones. "Taumaturgo de la frase", le llamó Baldomero Sanín Cano. Y tenía razón. La frase en Carrasquilla es fuente de todo prodigio: en ella caben todos los colores, todos los signos, todos los sentimientos, todas las pasiones que puede concebir el alma humana pero, también, todos los conceptos, formas y líneas que esa alma, a través de quienes la posean pueda fabricar en íntima colaboración con la naturaleza. En pocos como en Carrasquilla se cumple aquella afirmación de don Rufino José Cuervo: "De poner cada escritor en su obra, con sabia selección, la manera de expresarse que le es propia, la que ha oído en su casa y en boca de sus paisanos, resulta la variedad y riqueza de la literatura patria, la fusión en vocabulario y la holgura de la gramática".

Y lo dicho antes, más la cita de Cuervo, me obligan de una vez a ocuparme de dos factores fundamentales en Carrasquilla.

La gramática y el lenguaje proyectivo que atrás anunciaba.

Carrasquilla amó la gramática. Casi no logra aprender la ortografía y tanto que sus dos primeras obras fueron corregidas por terceros, o mejor sería decir por segundos, pero cuando la aprendió lo hizo para siempre. Y al pie de ella, sin renunciar jamás a su necesidad, estuvo la gramática. Carrasquilla la conoció, la aprendió y la practicó con sumisión, con respeto, con fidelidad. Porque sabía que en ella está la base fundamental para la perfecta y total expresión del escritor. Jamás, digámoslo francamente, Carrasquilla intentó burlarse de la gramática para esconder en su burla la negligencia o la ignorancia: como lo hacen muchos de los escritores actuales.

"Cuando se trata de reflejar en una novela el carácter, la índole propia de un pueblo o de una región determinada, el diálogo escrito debe ajustarse rigurosamente al diálogo hablado, reproducirlo hasta donde sea posible", decía Carrasquilla. Y así lo hizo en sus novelas, sumándole para mejor realización estética de su propósito, mucho de inspiración, mucho de gramática, mucho de imaginación y, paradójicamente, mucho de realismo.

Y, ¿qué es el lenguaje proyectivo ya varias veces insinuado?

Ese que nace en la misma dimensión del lenguaje literario y gramatical. Un lenguaje de formas, colores, imágenes; un lenguaje que es acción, que lleva consigo toda la dinámica de la vida; y la novela como el drama, es vida. Y es, a la vez, un lenguaje capaz de expresar, tácitamente, tres dimensiones socio-geográficas: lo español, lo americano y lo nacional a través de lo antioqueño. Esos tres perfiles de su ascendencia racial y espiritual están presentes en el ser del antioqueño.

Sin embargo, hay otra particularidad más del lenguaje de Carrasquilla: la capacidad de expresar en sus textos un contenido vario de orden intelectual que es, a la vez, expresión de su rica formación intelectual. Lo filosófico, lo religioso, lo político, lo sociológico, lo psicológico, a veces lo científico y, desde luego, lo estético, aparecen incorporados a su flujo argumental, pero con la inteligente diferencia, si se le compara con muchos novelistas de hoy, que Carrasquilla expone tales conocimientos y conceptos casi siempre a través de los mismos personajes sin llegar, jamás, a la tediosa situación de hacer de sus novelas un ensayo de ensayo. Ni tampoco restándoles identidad a sus personajes. Ellos son: Carrasquilla los creó, y si dicen, hacen, afirman o niegan, son las negaciones, afirmaciones, hechos y dichos de ellos, no del novelista. ¡Qué inteligente era Carrasquilla y cuánto deberían aprender de él los novelistas en ciernes o los que, aún en el ejercicio, pueden aprender...si su vanidad les dejal

Y, a propósito de sus personajes, es necesario resaltar que en su obra dos personajes son distintos e identificables: el personaje -masa y el personaje -individuo. Uno y otro, perfectos en su concepción y en su expresión. Carrasquilla supo manejar a los primeros con sentido de paisaje humano excepcional, ajustado a los requerimientos de un pueblo al cual quería darle presencia. Y se la dio. Y en cuanto los personajes -individuos son, igualmente, íntegros. De una sola pieza: hasta los personajes secundarios tienen una estereza estructural completa. No son héroes -que a Carrasquilla no le interesaron los héroes- pero son seres que en su condición anónima son: son. Y lo que ello significa como suma de flaqueza, debilidades, fortalezas, instintos,

pasiones, virtudes, atributos, físicos, morales y psicológicos. Sin ponderaciones, puede afirmarse que no hay en el catálogo de su gran "comedia antioqueña" ningún personaje opaco en su estructura ni faltan, quizás, los personajes de todas las categorías humanas, sociales, políticas, morales, espirituales y estéticas. Puede haber algunos más o menos opacos porque lo son en sí mismos, por naturaleza propia, pero esa opacidad está dada por el autor con precisión y claridad absoluta. Todos sus personajes son firmes, vigorosos, dinámicos en su concepción y expresión literarias aunque no lo sean en su expresión personal: y entre una y otra cosa hay diferencias de valoración estética que hablan a favor del novelista, de una parte y de los personajes de otra que, gracias a aquel, son lo que son.

Hasta aquí este breve resumen histórico y conceptual sobre el gran maestro de nuestra comarca y de la patria entera que, sin diferencia alguna, ha suscitado la admiración y el elogio de propios y extraños, dueños de una autoridad moral e intelectual. Y ahora, más allá de mi gratitud con ustedes por su generosa presencia y atención, sólo me resta ofrecerles una doble conclusión:

La primera, deducida de las palabras de Rafael Maya, quien en ensayo inolvidable sobre el novelista y escritor antioqueño afirmó:

"Era un patriarca de la Montaña, sano de alma, robusto de cuerpo, inagotable de ingenio y de palabra...(…) Desempeño la más augusta función del escritor: descubrir, exaltar y cantar el alma de un pueblo y de una raza. Así sabrá reconocerlo Antioquia el día en que erija a su memoria un monumento perenne".

Y, ¿cabe alguna sospecha de impericia conceptual o de autoridad moral e intelectual en quien ha sido cima de la poesía, la historia y la crítica nacionales? No; él dijo la verdad y la sintetizó en esas palabras que definen bien al hombre y al escritor.

La segunda conclusión es personal y muy breve; dijo Carrasquilla en su "Homilía N<sup>o</sup> 1":

"La estética no es otra cosa que lo verdadero en lo bello".

Por eso su vida fue en función de lo estético: porque como hombre y como escritor agotó la búsqueda de la verdad —que es principio de todo bien— en pos de la belleza. Y a fe que lo consiguió. Bien por él, por su obra, por Antioquia y por Colombia.

Aquella fue su vida; ésta, su obra; y la huella, continúa...

